

El cedro sin órganos;

Flor Oviedo

“[...] somos ramas de un mismo tronco, pero también el rizoma impredecible que brota de él, sostenidos por raíces que, aunque ocultas, guardan la historia de todo lo que fuimos y el oxígeno de todo lo que seremos.”

Alban Martinez Gueyraud (2026)

“Ya no somos nosotros mismos, cada uno reconocerá a los suyos; hemos sido ayudados, absorbidos, multiplicados.”

Rizoma (1976); Gilles Deleuze, Félix Guattari

Deleuze y Guattari introducen las tesis de *Rizoma* desde el ya insertando el deseo utópico de la multiplicidad. Donde los autores usan de ejemplo el proceso de escritura académica, al trabajar colectivamente, desde la anonimidad, donde el yo no desaparece, pero se ve relegado por un cuerpo aún mayor; un grupo de singularidades entretejidas deliberadamente formando un conjunto no jerárquico de conocimiento; el imaginario desarrollado por Félix Toranzos (Asunción, 1962) en *La memoria de los árboles* encaja a medida.

Presentada en la Galería Matices en el marco de la Noche de las Galerías 2026, esta muestra resuelve en una figura tan cotidiana, el árbol, un hilo de consciencia que si bien parte de las vivencias de Toranzos, genera una red de significados que abordan la vida y la muerte y hasta generan quizá un *cuerpo sin órganos*.

Mi acercamiento a la muestra fue mera coincidencia, pero una muy oportuna, un sábado de mañana donde asistí a una visita guiada por el curador de la muestra, Alban Martínez, acompañado por el artista, a pesar de sus condiciones de salud. A primera vista, la sala despliega una diversidad de estudios paisajísticos, en distintos niveles de abstracción/figuración; el alma de la tierra y de Félix en cajas de cristal, la proeza de cada trazo (sea tinta, sea óleo o acrílico) un despliegue de sinceridad, de vulnerabilidad.

Si bien el artista habla de la necesidad de la pasiva acción de apreciar la naturaleza y de la sanación que ocurre en aquel silencio; los soportes, heridos con el gesto, con la materia, con la necesidad de exhalar el humo, delatan la fragilidad del autor, sus miedos y sus dolores. El artista despliega en las obras una diestra sensibilidad, no solo a su experiencia de vida, sino también a todo lo que le rodea. Los tonos cálidos de aquellas “copas” de árboles diluidos en la misma cáscara, piel procesada de la matriz; los densos trazos oscuros, simulacros de troncos, raíces, venas y cicatrices, todo aquello no pretende ser en verdad el yo del árbol (sea cual sea ese, pues extrañamente en su misma “esencia”, el árbol es inherentemente polisémico y múltiple en todo sentido, material y espiritualmente), sino una suerte de semejanza a lo sensible más inmaterial, que a pesar de sentirse tan específico, tan personal a uno, forma parte de un órgano imperceptible que permea la existencia misma.

Entre los tramados de cada raíz/trazo se genera una narrativa; cada árbol/espíritu simula una corporeidad conformada por una infinidad de tramos encapsulados. Me detengo en cada línea y pienso en morir. Pienso en la “tierra” bajo mis pies, y en la que algún día me envolverá. Pienso que ambos momentos son idénticos a pesar de ser distintos, pues también pienso en mi difunto abuelo paterno, mientras Albán comparte una anécdota donde atravesó una grave enfermedad abrazando un cedro en su hogar. Pienso en mi abuelo porque era carpintero y su taller se llamaba “El cedro”. Pienso que nunca he abrazado un árbol y hace 7 años no abrazo a mi abuelo.

El bosque de Félix, entonces, no refugia solamente su fragilidad y sus miedos; compone un cuerpo de consciencia que permea el tiempo y lo desjerarquiza, la vida y la muerte se interseccionan en un mismo plano, irónicamente, desde la materialidad misma de la obra (el papel, parte de un cadáver de árbol). La autenticidad del artista en su gesto y su palabra convierten este conjunto de obras en un *cuerpo sin órganos*, un gran espacio impalpable, donde la económica pero astuta resolución formal de las imágenes dan paso al espectador a un estado de la consciencia sereno y profundo, tal como la experiencia misma de observar la naturaleza.

La naturaleza de Félix no busca semejanza, sino perspicacia, punza una herida propia y le devuelve la daga al espectador - Una vez que la obra está en la pared, ya no me pertenece- comenta el artista ese sábado de mañana en la galería, es por eso mismo que su desnudez, además de ponerlo en un lugar bastante frágil, supone un desafío a quien lo observe. Como un místico espejo, la fragilidad del otro parece ser también la mía.

Quizá todo es lo mismo, quizás todo está entramado bajo la tierra, entre cada suceso, quizás hoy escribo porque mi abuelo me pedía que le recite poesía cuando era pequeña (no sabía que podría sentir ese olor a aserrín después de tanto) tampoco mi abuelo sabía que escribiría sobre él y quizá Felix no sabía que me hablaba de mi abuelo, pero todo es exactamente lo mismo. En la memoria, entre las raíces, en este bosque/cuerpo/consciente todos estos rizomas se despliegan desde su unicidad pero conviven en armonía con todas las posibilidades, más allá del tiempo, de la carne y de la realidad.

